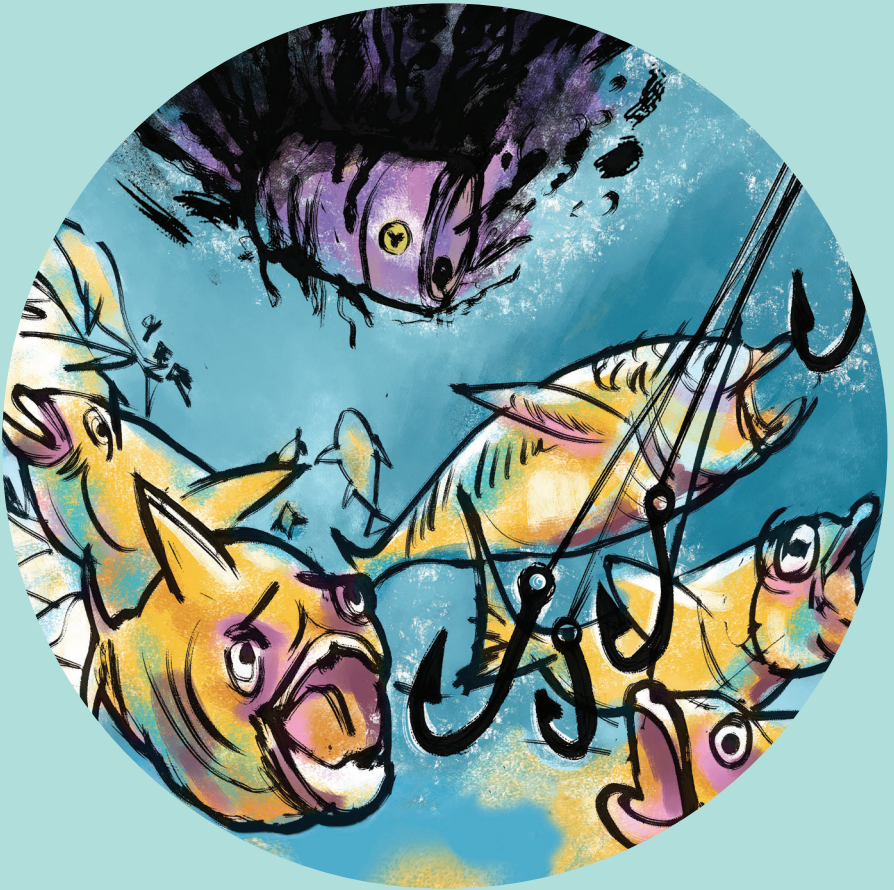


# Antes de que se pierda el azul del mundo





PRIMERA EDICIÓN  
2023

Este libro recopila los textos ganadores de la primera edición de Proyecto ECO ECO, realizada en 2023.

Ilustración de portada:  
“A los anzuelos”, de Miguel Ángel López,  
uno de los cuatro ganadores de la categoría  
Humor del Proyecto ECO ECO 2023.

# Antes de que se pierda el azul del mundo

Diseño gráfico  
Fabián Muggeri

Imprenta  
Juan José Vilanova

---



PRIMERA EDICIÓN  
2023

---

## ÍNDICE

- 07 ¿Qué es Proyecto ECO ECO?
- 11 Poesía  
*Arden*, de Daniel Hendlin  
*Milonga calentita*, de Marcos Pearson  
*El brillo del petróleo*, de Mágina Averbach
- 27 Cuento  
*Paisanos del Apocalipsis*, de Carlos Ernesto Carozzi  
*Vaca Muerta*, de Giuliana Servidio  
*Paranoia*, de Marcos Funes Peralta
- 51 Canción  
*Malas yerbas*, de Suri
-

# ¿Qué es Proyecto ECO ECO?

Las transformaciones en la sociedad siempre tienen un correlato en la cultura que las narra, las interpreta, las traduce. Pero a la crisis climática planetaria le está faltando ese espejo que refleje los impresionantes cambios que estamos viviendo con una rapidez que marea y asombra.

Aunque hay un incipiente género de eco-ficción, escuchamos canciones aquí y allá y nos llegan noticias de movimientos **artistas**, esta es una conversación en la que se necesitan todavía muchos más participantes. Creamos **Proyecto Eco Eco** justamente para buscar y promover a esos artistas que nos puedan contar los impactos del caos ambiental y también proyectar una visión alternativa de futuro.

Nuestra propuesta: apelar a la imaginación y a los sentidos.

Apelamos a los sentidos para narrar y poetizar con nuevos lenguajes, de manera sensible, lo que la ciencia, los activismos, el periodismo vienen comunicando con datos, investigación, evidencia. El arte tiene la potencia para expresar de infinitas formas –mediante metáforas, alegorías, íconos, abstracciones y toda su riqueza expresiva– lo que nos está pasando con el planeta, nuestros modos de relacionarnos con lo vivo.

Y apelamos a la imaginación porque nos hace falta. Necesitamos imaginar otras formas de habitar el mundo.

Sensibilidad e imaginación, entonces, para contar de mil maneras lo que le están haciendo al mundo y cómo se condiciona nuestra capacidad de habitarlo. Sensibilidad e imaginación, también, para salir del desastre, emprender la reparación, construir otro futuro.

Un futuro con buena energía. Esa fue la consigna con la que convocamos, en la primera edición de **Proyecto Eco Eco** a cantar y rapear, a escribir cuentos y poesías, a hacer memes y humor gráfico. Estos fueron los formatos de nuestros concursos 2023, que lograron una gran convocatoria. En este libro presentamos los ganadores en las categorías Cuento, Poesía y Canción.

Vamos a seguir profundizando este camino e incorporando nuevas disciplinas porque el arte, la creación, son un gran motor: para movilizarnos en lugar de paralizarnos ante todas las alarmas que están sonando, para llegar de un modo sensible a quienes no se sienten convocados por la urgencia. En vez de guardarnos la angustia dentro del

corazón, necesitamos hablar de este tema más y más. Y acá estamos, para que la conversación ocurra y se expanda.

En sus distintas actividades, **Proyecto ECO ECO** convoca a poner el foco en el petróleo y el gas. ¿Por qué? Simple. Cuando consumimos estos combustibles fósiles, producimos una molécula chiquita, el CO<sub>2</sub>, que es invisible y no tiene olor, pero aunque no la percibamos se acumula y acumula en la atmósfera. Queda ahí por siglos. Muchos siglos. Y lo que hacen las moléculas de CO<sub>2</sub> es atrapar el calor del sol y cambiar la temperatura de la Tierra.

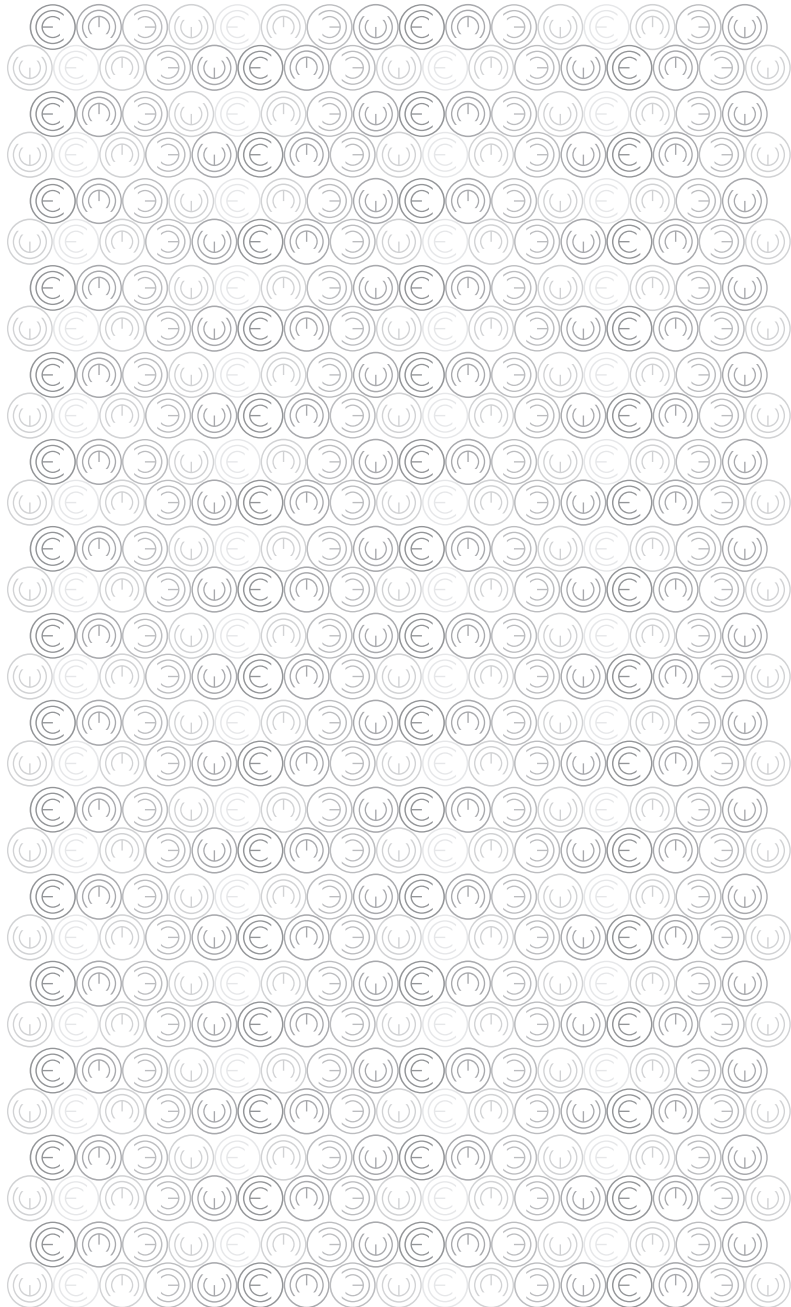
El cambio climático es el proceso que ocurre a partir de la modificación en el balance de energía en el planeta, por la combustión de estos hidrocarburos.

Y lo que provoca es la descomposición de polos y glaciares, cambios en los ríos y los mares y fenómenos inusitados: olas de calor, sequías e inundaciones súbitas, inviernos cortísimos. Y, por sobre todas las cosas, lo que entra en cuestionamiento es nuestra capacidad para habitar nuestro único lugar: la Tierra.

**Proyecto Eco Eco** es una iniciativa de Periodistas por el Planeta, una ONG creada para difundir nuevas narrativas que nos permitan explicar este momento crítico que estamos viviendo. Te invitamos a seguir participando en nuestras iniciativas porque, en definitiva, esta crisis no se resuelve sin todos nosotros. Te damos la palabra.

**Marina Aizen**

Directora de Proyecto ECO ECO  
Co-fundadora de Periodistas por el Planeta



# Poesía



## Primer premio: “Arden”

*De musicalidad que enhebra, “Arden” es un poema que se mete en la temática del certamen pero que, al mismo tiempo, plantea fugas que le permiten una autonomía vitalizante. Con momentos de gran potencia lírica y versos que son hallazgos –“Que si los astros y el polvo / o la galaxia eterna, porque venir desde / o ir hacia es lo mismo”–, “Arden” encadena y desencadena un yo que incluye a los otros y a lo otro, sorteando con atención inusual la proclama lastimosa y se manifiesta honesto en su humilde voluntad de pregunta.*

Gabriela Borrelli y Julián López,  
jurados en la categoría Poesía del  
Proyecto ECO ECO 2023.



## Arden

Daniel Hendlin\*

¡Agua toda la vida!  
Que si los astros y el polvo  
o la galaxia eterna, porque venir desde  
o ir hacia es lo mismo, y nosotros venimos  
de un futuro oscuro.  
Agua confusa no me olvides,  
somos lo mismo.

Caminos mojados  
¿Qué es esta tormenta  
que nubla mis sueños e intenta  
pero fracasa en ahogar el fuego  
de los Esteros?

Como reminiscencia mística, creo escuchar al bosque  
(tal vez sean mis pensamientos)  
me dice:  
el sonido aturde,  
cercano al silencio  
se vuelve ensordecedor.

Nunca pude recordar nítidamente  
el estruendo inverosímil de las llamas en el monte  
o el látigo de piedra que significó  
ver tu cuerpo de árbol enorme,  
quemado y muerto  
en la orilla seca.

Sé que el jurado pensará ¡calumnia!  
¿Quién es este que nos indigna con subjetividades?  
Es un sueño que soñé despierto,  
no puedo pedir disculpas por ideas que brotan  
al ver la lluvia sin sentido  
mojar edificios vacíos.  
Un ciervo reveló un pasaje  
acarreado por la inercia ciega de los invisibles,  
mordían panales

masticando abejas muertas  
embebidas en miel negra.  
Gritaban susurros de locura, pero jamás vi cordura más profunda.  
En sus palabras se referían al ciervo  
*Lachowej Ihi*  
la capacidad para contener todas las realidades.  
¿Acaso genera más indignación  
la violencia del idiota o la del malvado?

El olor es fuerte  
primigenio  
inocula un espíritu antiguo que aún vive entre mis manos  
me encuentra a veces,  
revolviendo el barro como buscando un amuleto perdido,  
imitando grietas estériles en las montañas.

Desperté obnubilado,  
perplejo de inmensidad,  
sin distinguir vigilia de ilusión  
llorando en la angustia que conoce el bosque  
llorando por culpa, impotencia e ira.  
Suspiro, suspiro  
pienso en los ojos del yagareté  
y suspiro.  
Los errores.

Contemplé el cuerpo de una garza  
contorsionada por dolor o convulsionada de placer,  
no soy garza y no logro comprenderla,  
pero el frenético baile no abandona mis recuerdos.

Respiré humo, respiré desmonte y la guerra  
infinita y terrible  
entre el fuego y las alas  
una batalla ensimismada y quebrada  
más allá de mi entendimiento.  
Como si intentara impregnarme de galaxias,  
hidrógeno y oxígeno  
y las estrellas,  
desagregándose en metales, convirtiéndose en piedra y lágrima.  
Lágrimas que riegan  
las orillas ulceradas del Estero.

¿Cómo osamos? ¿Qué valentía negligente  
invade a un pueblo  
que destruye su tierra?

\* Ciudad Autónoma de Buenos Aires



## Segundo premio: “Milonga calentita”

*Un texto que canta, que se presenta con la insolencia del que propone jugar con una tradición que va desde la orilla barriobajera hasta la idea de milonga que atraviesa lo más granado de la poética argentina. Con una métrica de versos sencillos pero bien ceñidos a su propia música, “Milonga calentita” refresca y dice, dice y vuelve una y otra vez sobre su ritmo, el cauce común en el que puede reconocerse el lugar, la historia desde los que surge.*

Gabriela Borrelli y Julián López,  
jurados en la categoría Poesía del  
Proyecto ECO ECO 2023.

## Milonga calentita

Marcos Pearson\*

Nos estamos calentando  
con el afán de lucrar  
y nos va a tapar el mar  
si no vamos despertando,  
los daños que está causando  
el efecto invernadero  
son pesados, aparcero,  
el horizonte está oscuro:  
¡malaya con el futuro  
y velay el heredero!

Nos estamos calentando  
cada día un poco más,  
por el petróleo y gas  
hay un planeta gritando,  
la tierra nos va avisando  
y cada aviso es terrible:  
una sequía indecible  
o inundaciones, tormentas,  
todo grita a fin de cuentas  
¡hay otro mundo posible!

Nos estamos calentando  
con esto del desarrollo,  
mucho fracking, mucho hoyo  
y nada va mejorando.  
El tiempo sigue pasando  
sin cumplir ni una promesa,  
¡si es el rico el que progresa  
con temeraria ambición  
y solo traen destrucción  
y para el pueblo pobreza!

Nos estamos calentando,  
meta sismos y temblores,  
¡son los efectos, señores,  
de lo que están explotando!

Se preguntan, ¿hasta cuándo?  
Sauzal Bonito y Añelo  
y no encuentran el consuelo  
cuando sus casas se parten  
mientras otros se reparten  
lo que sacan de su suelo.

Nos estamos calentando,  
¡todos los récor batimos!,  
¿qué consumo consumimos  
que nos está consumando?

‘tan las alarmas sonando,  
los científicos alertan,  
hacen cálculos y cuentan  
que los polos se derriten  
y los gases que se emiten  
en el cielo se concentran.

Nos estamos calentando,  
hay que cambiar de energías  
y usar las tecnologías  
que son limpias, respetando,  
usar los vientos soplando,  
usar el sol que ilumina  
y que lo que contamina  
nuestra casa, sin dudar,  
ya no tenga más lugar  
en mi querida Argentina.

Nos estamos calentando  
por un recurso finito,  
cada pozo un pedacito  
de salud nos va robando,  
el tiempo se va agotando  
(el de la tierra y la gente),  
antes que todo reviente  
por la huella del CO<sub>2</sub>,  
¡alcemos todos la voz  
pa’ exigir un cambio urgente!

\* Ciudad Autónoma de Buenos Aires



### Tercer premio: “El brillo del petróleo”

*Este poema dividido en cuatro partes, logra, mediante versos cortos y rotundos, marcar los elementos de una pérdida. Las imágenes trabajan con colores y matices que se concentran alrededor de la palabra “brillo”. Aquello que brilla en el mundo es lo que se pierde, pero también brilla el llamado de urgencia que exclama: “¿Y si el azul se pierde?” Más cercano al grito sostenido que a la canción, “El brillo del petróleo” nos enfrenta a una mirada de la tierra como si nuestro ojo fuera el del universo, porque tal vez el inicio sea encontrar un ojo, una mirada así: pequeña pero universal.*

Gabriela Borrelli y Julián López,  
jurados en la categoría Poesía del  
Proyecto ECO ECO 2023.

## El brillo del petróleo

Márgara Averbach\*

### 1. Brillo en el río

El agua brilla  
bajo los remos.  
Verde, violeta,  
oscura, verde de nuevo.  
Abajo,  
se ahogan las olas  
que antes fabricaba el viento. Nada grita.  
Ni siquiera el barco  
que viaja  
despacio hacia el silencio;  
ni siquiera el fondo,  
que no sabe todavía  
lo que sale a borbotones  
por el metal partido de esta quilla.  
Arriba, lejos,  
alguien hace las cuentas del desastre. Escriben números, muertes,  
toneladas.  
Pero no hay cálculo que baste. Nadie calcula  
lo que perdemos:  
la playa (teñida ahora  
de un sol brillante y negro);  
la arena (sembrada de peces  
que murieron);  
el agua  
que tomábamos.  
Y el río, sí,  
el río entero.

### 2. Brillo en la lluvia

Protestamos, por fin.  
A los gritos.  
En cartas sin esperanza.  
Vimos venir el futuro  
en los arroyitos

de la lluvia blanda.  
Lo vimos  
porque estamos desde siempre, ahí mismo,  
bien abajo,  
en el lugar donde se junta el agua.  
Lejos, arriba,  
no veían nada.  
En las noches,  
contaban despacio  
nuestros silencios  
y los guardaban  
en cheques, en bancos, en cajas. Para que no contaran,  
primero,  
hicimos canciones;  
después, las soltamos a coro en las calles del pueblo.  
Desde lejos,  
nos llega el humo en vendavales, hasta el olor nos llega,  
colgado en jirones sobre el cielo.  
Vemos venir el futuro  
en los arroyitos.  
Siempre quisimos la lluvia.  
Pero esta  
pesa, de pronto.  
Esta  
nos hunde el aire  
en los pulmones;  
las cenizas,  
en los ojos.  
Costó entender  
de dónde venían la tos, el dolor, el hospital, el miedo.  
Gritamos porque entendimos. Y hoy, hasta la sombra de los árboles  
grita.  
Vemos venir el centro de la Tierra en los arroyitos  
de esta lluvia seca,  
larga.  
Y cuando la tocamos,  
ya no es blanda.

### 3. Brillo en el campo

Teníamos verde  
cuando lo encontraron,

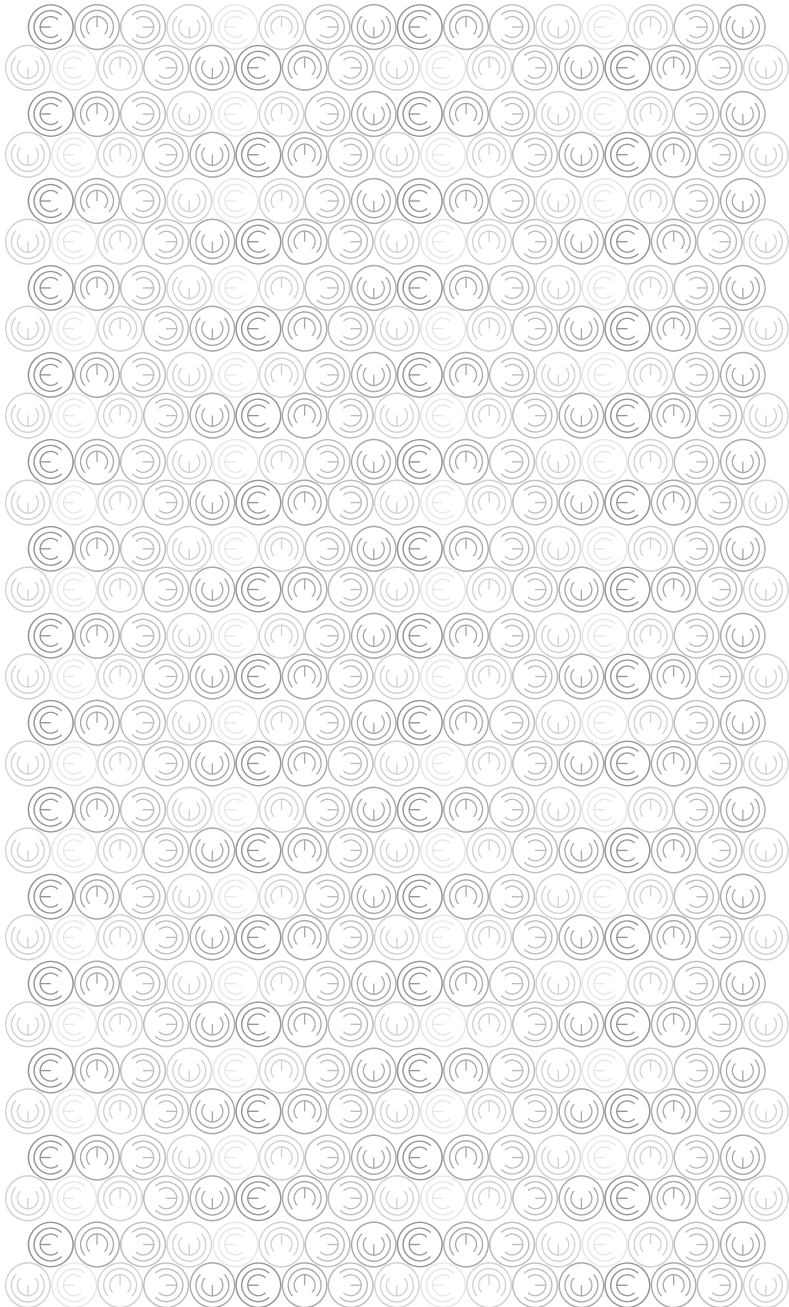
y un pozo en el suelo,  
como un regalo  
oscuro de la Tierra.  
Era un verde difícil, cierto.  
Crecía apenas,  
desde abajo.  
Alrededor de él y del pozo,  
giraban las raíces, los meses, las ovejas.  
Cuando lo encontraron,  
había casas  
sobre el pasto.  
Una roja, una azul, una blanca.  
Casas que crecieron mirándose,  
charlando sin palabras.  
Y fue un día de fiesta  
cuando lo encontraron.  
Las casas también bailaban.  
Ahora todo brilla  
en negro, en rojo, en violeta.  
Todo, los árboles, el río,  
el camino, las piedras.  
Y hay un auto cargado,  
ahí, frente a la puerta:  
recuerdos, manos quebradas,  
valijas viejas,  
silencio,  
ojos que miran atrás en este camino largo. Porque es así,  
porque nos vamos.

#### 4. Brillo en el mundo

Vista de lejos,  
es azul, la Tierra.  
Por dentro, invisibles,  
le corren ríos rojos, negros,  
violetas.  
Por hoy, somos del aire,  
teñido de azul  
para nosotros.  
¿Y si el azul se pierde?  
Todo el azul, decimos,  
todo, el que se ve de lejos,

desde ese espacio que no es azul tampoco, y el que corría antes  
en el zanjón del fondo  
donde buscábamos flores y ranas y naranjas. Pero tal vez,  
no pase del todo,  
nos repetimos.  
Tal vez,  
si hay canción,  
si hay grito,  
si no nos dormimos entre las cosas, todavía podamos  
correr con el agua.  
Tal vez,  
así, de aquí a unos años, en el sopor de la siesta, sin dormir,  
podamos seguir diciendo: “Vista de lejos,  
es azul, la Tierra”.

*\* Ciudad Autónoma de Buenos Aires*



# Cuento



## Primer premio: “Paisanos del Apocalipsis”

*En un mundo que es pura hambruna, se desarrolla esta gauchesca apocalíptica. Un trabajo interesante que no excluye lo lúdico a la hora de sumergirse en la tradición y en la lengua. La gauchesca del colapso ambiental ya tiene quien le escriba.*

Gabriela Cabezón Cámara y Dolores Reyes,  
jurados en la categoría Cuento del  
Proyecto ECO ECO 2023.



## Paisanos del Apocalipsis

Carlos Ernesto Carozzi\*

—Y así sopla el Zonda casi todo el día, solo al despuntar el alba afloja un poco. Pero uno se acostumbra al ulular continuo y a andar despeinado y mugriento porque lo vive desde chiquito. Así fue siempre y así va a seguir siendo; a no ser que los peregrinos tengan razón, pero yo no creo.

—¿Qué dicen ellos?

—Que la tierra va a revivir, eso dicen, pero yo les pregunté cuándo será eso y me contestaron que nosotros no vamos a vivir pa' verlo. Y entonces, pa' qué sirve creerlo si nunca lo vas a ver. Pero ellos insisten.

—¿Con qué?

—Con la paciencia. *Tenga paciencia, Zenón, tenga paciencia y luche para que su familia perdure. Y cuando llegue ese tiempo, los que quedan van a vivir mejor.*

—¿Cuándo?

—Ya le dije, amigo: cuando reviva el mundo, así dicen.

—¿Y su familia está aguantando?

—Más bien mal. Con la Eulogia hicimos dieciséis, pero ahora quedan ocho.

—¿Dieciséis qué?

—Crías... ¿qué van a ser? Hijos, hijas. Diez machitos, seis hembritas, y hubiéramos tenido más si la Eulogia no se mataba.

—Cómo que se mató la Eulogia, ¿qué pasó?

—Náj... fue en época de hambruna. Estábamos todos en los huesos y la Eulogia no quería saber nada con sacrificar ni uno solo pa' comer. Cuando yo le decía, ella se desesperaba y lloraba, gritaba y no había forma de hacerle entender que así como estábamos nos íbamos a ir todos. Pero bué, ella era muy sentimental y es lógico porque los había parido. Un día llegamos de juntar leña —que es lo único que sobra, hay leña por todos lados— y la encontramos fría en el fuentón. Se había cortado una mano enterita y se dejó desangrar. Creo que lo hizo ahí pa' que no se desperdiciara nada.

—¡Qué bárbara! ¿Cómo hizo para amputarse la mano?

—Fácil: agarró un hacha, fue al tocón y le dio con todo. Igual, por lo que vi, separar la mano le llevó más de un golpe. Pobre Eulogia, era corta de entendederas.

—¡Decisión penosa, aparcerero! ¿Qué la llevó a tomarla?

—Mire compadre: seguro no estoy, pero creo que debe haber sido por lo que le conté antes, la hambruna. Y a mí me parece que nos dio de comer de ella pa' no tener que ver cómo yo, a la larga, iba a hacer lo que le dije. A mí me embromó, porque desde entonces no tengo hembra y ando muy necesitado de una. Y digo una porque los peregrinos te prohíben tener más, que si no...

—¿Y los hijos cómo lo tomaron?

—Bien, comieron todos. Nos duró varias semanas. Igual creo que la deben extrañar, pero a mí no me dicen nada.

—¿Y qué pasó con los ocho que ya no están?

—Mire... tres crías murieron primero, se apestaron en las temporadas de nube y no aguantaron. ¡Si las hubiera visto aparcerero! Se pudrían desde adentro, la piel se les ponía verdosa y al último se les caía a pedazos. Por eso no nos pudimos comer a ninguna, se desperdició todo.

—¿Temporada de nube, dice?

—Claro amigo, ¿no sabe lo que es? ¿De dónde salió usted?

—De ningún lado, Zenón, de ningún lado. Yo estoy en su cabezota, ¿no se acuerda?

—¡Pero qué cabeza! Cierto, siempre me lo tiene que recordar. Me disculpo, es la edad. La temporada de nube es cuando está más caliente todo y sopla el ventarrón del norte. En dos o tres días tenés la nube encima. Es un frente gris que arrastra el viento y hasta que pasa es capaz de durar una semana o más. Andar tanto tiempo respirando eso, te enferma y te puede matar, y a las crías las limpió. La nube es hija de las atómicas, dicen los peregrinos, igual que la piara y la bandada.

—¿Piara? ¿Bandada?

—Claro amigo. Antes, hace muchísimo tiempo teníamos la Luz Mala, la Llorona y el Lobizón; ahora tenemos nube, piara, bandada y quién sabe qué monstruosidades nos traerá el mañana. Ya ve que han cambiado los engendros, pero la miseria es la misma.

—¿Y el Farol de Mandinga?

—No, ese por acá no andaba.

—¿Y el Chupacabras?

—Ese tampoco.

—¿Pero qué son esas cosas? ¿Qué hacen?

—Las piaras son manadas de cerdos enormes, llenos de dientes; como de doscientos o más.

—¿Más de doscientos, Zenón?

—Ah sí. Son las que desaparecieron a los felinos, por eso no hay más gatos por acá. Los peregrinos dicen que en la cordillera se refugiaron los que quedan, pero en esta zona hace añares que no veo ninguno. Fíjese la inteligencia de esa piara, esto sí lo he visto yo: algunos cer-

dos empezaban a rondar la madriguera del gato como tanteando a ver cuántos había; al rato sacrificaban uno de los suyos, siempre medio grande, pesado y difícil de arrastrar, y simulaban irse; al rato el felino hambreado no aguantaba más y se mandaba a buscarlo. Cuando empezaba a arrastrarlo, le caían puercos desde todas partes con una velocidad que uno no esperaría ver en un chanchito. Chau gato.

—¿Y la bandada?

—¡Uh! Esa es parecida a la nube pero más turbia, y se contorsiona y hace firuletes en el aire. Cuando la ves de lejos parece una columna de humo que el viento lleva para todos lados. Y ese es el momento de rajar, porque después se te viene encima de golpe y no hay más caso. El bicho en sí es pequeño, del tamaño de dos palmas abiertas unidas por los pulgares. Pero muy raro, diría yo que no tiene nombre; parece que diosito amasó una langosta con un murciélago y a eso lo largó al mundo.

—¿Y a los otros que les pasó?

—Ya le digo. Una de las hembras que quedaban murió de hambre porque se negó a comer de Ramoncito —a ese lo sacrificamos—, así que a Romualda la comimos también, aunque ya no le quedaba mucha carne encima. A otros dos de los machitos los cazó la bandada cuando volvían acarreado leña. Vea Don que los críos no se destacan por la viveza; la vieron venir y en vez de largar todo pa' correr más rápido lo hicieron con el bulto encima. Cuando escuchamos los gritos, subimos y les pedimos que soltaran la leña, pero no hicieron caso, o no oyeron, y ahí nomás los finaron. Ni los huesos te dejan. Y al último lo agarró la piara acá cerquita nomás: el chiquito bajó a vaciarse de noche y se lo comieron en segundos, no dieron tiempo a nada.

—Una desgracia tras otra, Zenón

—Ya lo ve... pero ese fue culpa mía. No lo vi bajar. Yo no los dejo vaciarse acá arriba, por el olor, y en la caracola tampoco porque se arruina el agua que tomamos, así que se ha visto apurado y se mandó abajo. Otro desperdicio.

—¿Caracola?

—Sí, el pozo que baja desde adentro de la loma hasta la fuente de agua.

—¿Pero de qué viven ustedes? ¿Cazan cerdos o esos bichos de bandada?

—¡No aparcero! ¡Ni hablar! Eso es veneno puro, están llenos de nube, comés un bocado y te fuiste.

—¿Y entonces?

—Ratas y...

—¿Ratas?

—Así es Don... si me dispensa por preguntarle, pero se ve que también me he olvidado su gracia: ¿cómo se llama usted?

—Nozenón

—¿Nozenón? ¿Así nomás?

—Así nomás Zenón, así nomás.

—Bueno, somos casi tocayos. Como le digo pues, en la caracola suele haber ratas enormes que llegan por la corriente de agua y unos escarabajos gordos que saben dulce y algunas arañas también, pero lo que nos mantiene vivos de veras son las baldosas.

—¿Las baldosas? ¿Comen baldosas? ¿De qué?

—No sé de qué son, pero los peregrinos las traen y nos las dejan en proporción a la cantidad de gente que hay. Ellos las llaman así. Tienen gusto a mezcla de tierra y sangre, pero ni idea de cómo las hacen ni con qué.

—¿Y esos peregrinos vienen seguido? ¿De dónde son?

—No, que va. Aparecen una o dos veces al año y según dicen viven cerca de la zona donde todavía queda algo de hie...

Nozenón quizás haya alcanzado a pensar “mala suerte, Zenón, llegó la huesuda”.

El machete bajó certero y hendió el cráneo como un melón podrido. El muchacho limpió la espiga con la manga del andrajo y lanzó un esputo al viejo muerto.

—Viejo e' porquería, siempre hablando solo. Se te acabó la cháchara. ¡Severino! ¿¡Listo el fuego!?

—¡Listo!

Siete pares de ojos ansiosos contemplaban el cuerpo yerto.

Enseguida, siete pares de manos nerviosas se dispusieron a preparar el asado.

Abajo, docenas de cerdos holicaban frenéticos los bordes del promontorio.

Pero no sabían trepar.

\* Azul, provincia de Buenos Aires.



## Segundo premio: “Vaca muerta”

*Con una trama cautivante y muy original, que incluye una casa que tiembla como un oráculo y un hermano pequeño que no conoce el mundo exterior y es capaz de descifrar esos mensajes, la historia avanza tomando las señales de la naturaleza como voces de su propia crisis.*

Gabriela Cabezón Cámara y Dolores Reyes,  
jurados en la categoría Cuento del  
Proyecto ECO ECO 2023.

## Vaca muerta

Giuliana Servidio\*

En mi pueblo las casas están vivas.

Vivimos de este lado del río, del otro lado es donde están los pozos. De ahí se llevan el gas, lo llevan lejos. Acá todavía no llegó, supongo que es algo difícil cruzar el río.

Mi hermano menor tiene cinco años. No conoce el mundo de antes. No sabe del silencio de las paredes, de los techos callados. Nació después de que las casas comenzaron a temblar. Nació con el ruido y cree que puede adivinar el futuro en las grietas. Cree que la casa le responde, algo así como un oráculo. Al principio lo tomamos como en chiste, pero con el tiempo, a escondidas de papá, empezamos a confiarle algunas decisiones. Mamá hacía preguntas, como si le convenía hacerle el trabajo de costura a tal clienta o si era mejor ignorarlo. Si la moto de papá tendría batería la mañana siguiente o no, cosas así.

Mi hermano pregunta y la casa, a veces, le contesta. Otras, no le habla por días o por semanas. Estableció que el silencio es un sí.

Una vez le pedí a mi hermano si podía hacer una pregunta en silencio. Le mostré unos billetes de veinte pesos que ya ni siquiera sabía si eran útiles y él aceptó. Una semana después la casa tembló. Tembló tanto y tan fuerte que nos levantamos a la madrugada.

Esa noche algo comenzó a romperse. Primero, con el sonido de un papel que se rasga; después fue como si un gigante raspaba un tenedor por el fondo de una olla, una y otra vez. Finalmente, un trueno seguido de una explosión. Por la ventana vi a Mariana envuelta en una manta, con su hermano menor al lado. Su casa se partió al medio como una naranja. Su padre corría de una casa a otra sacando gente. Su madre murió meses después, de una enfermedad extraña.

Esa noche, mi hermano se acercó a mi oído. Me dijo que no, que no tenía que hacerlo. Que la respuesta del oráculo era no. Entonces, un escombros se desmoronó cerca de su cabeza. Por poco lo mata. Dijo seriamente que las preguntas difíciles tienen respuestas difíciles.

El camino desde la escuela es largo, sirve para recordar. Llego a casa. El mosquitero hace su chirrido habitual y golpea contra el marco de la puerta. Papá dijo que tenemos que sacarlo; hace tiempo que todo se murió, hasta los mosquitos. Cuando miro a papá y mamá, también siento que algo se murió entre ellos. Los pozos volvieron la vida en blanco y negro. Nosotros, mi hermano y yo somos la pequeña briz-

na que los une, que los ata a esta casa, a este lugar gris olvidado por Dios. Muchas veces encuentro a mamá con la vista perdida en la ruta, mirando los camiones. Las manos se le revuelven como armando un bolso invisible. Creo que un día va a hacerlo, va a armar un bolso y va a dejarnos.

Dejo la mochila en la mesa. Ella está parada sobre una silla de metal, con una lata en la mano. Gira a mirarme. Levanta las cejas y señala la mochila. Después continúa pasando enduido sobre una rajadura que se extiende desde una esquina del techo hasta abajo. Lo hace lentamente, como pincelando un cuadro. La sigo con la vista. La rajadura llega hasta el suelo y desde ahí se ramifica con otra que sube, como el dibujo de dos ríos caprichosos. Arrastro con mis últimas fuerzas la mochila hacia el cuarto, para que no me dé un sermón sobre el lugar correcto de las cosas.

Hace tiempo que el enduido es la solución a casi todo. Compramos por baldes, los guardamos en el depósito junto con la comida y el fijador. Esa pasta blanca entrando en las hendiduras de las paredes rellena los días. Sostiene el aliento de mamá como si todo no estuviera por caerse a pedazos.

Cuándo fue que todo comenzó a agrietarse.

Una mañana encontré a mamá haciendo lugar en el cuarto de costura, dijo que era para un primo que llegaría pronto. Apiló cajas contra una pared y guardó su máquina de coser. De todas maneras, ya no veía y tardaba horas en enhebrar una aguja. Arrancó la única flor que quedaba en el jardín y la puso en un jarrito de metal en la mesita del cuarto. Abrió las ventanas para que entrara luz pero las cerró inmediatamente cuando entró el polvo.

El médico le dijo a mamá que en pocos años perdería por completo la visión de un ojo. Mamá contestó que por suerte tenía dos. A Nilda, la señora del mercado, le dio el mismo pronóstico. *Es por el polvo*, dijo mamá un día. *Ustedes más vale que estudien y se vayan de este lugar maldito*, nos advirtió varias veces a mi hermano y a mí.

Tony llegó con un bolso al hombro. Era alto. Su cabello rojizo brillaba bajo los rayos de sol que atravesaban la puerta. Cuando hablaba parecía como si su boca se empeñara en retorcer las palabras. Tenía los ojos azules, un color codiciado. El sobrino de papá había vivido muchos años en el extranjero. Mamá dijo que trajo los ojos más azules que cuando se fue, mencionó algo sobre mirar mucho el océano que me pareció estúpido y hermoso. Él se acomodó en el cuarto de costura. Los pies le quedaban muy lejos del final de la cama, lo sé porque para llegar a mi cuarto debía pasar frente a su puerta y él siempre dejó la puerta abierta mientras vivió en nuestra casa. Al lado de su cama

había una pequeña pila de libros con títulos que nunca entendí. Nadie nos dio explicaciones pero supe que llegó para trabajar en las perforaciones. Se iba de noche y volvía al atardecer, siempre con ese olor a aceite. Durante la cena decía cosas como que hoy habían llegado más hondo, más adentro. Cuando decía eso me miraba, me clavaba los ojos y a mí se me resbalaban los cubiertos, los vasos, la voz. *Llegamos hondo, muy adentro, hasta el corazón frágil de la tierra*, decía cerrando un puño y llevándolo a la altura de los ojos. A mamá le gustaba esa forma de hablar del primo, lo sé por su risa de tonta.

Tuve un sueño que se repetía mientras el primo Tony estuvo en casa. Se lo conté a Mariana. El primo entraba al cuarto mientras yo dormía desnuda. Y era raro porque nunca duermo desnuda. El primo se acercaba para contarme un secreto y cuando abría su boca, un torrente oscuro y pegajoso se desparramaba sobre mí, mojando toda mi piel. El corazón me latía fuerte, tanto que siempre me despertaba temblando. Temblando y húmeda. Una humedad que no conocía pero que decidí esconder. Una noche, mientras soñaba, la casa tembló. Nadie se levantó esa vez. Fue un temblor suave, como el de un animal dormido. Uno de esos días, Mariana me confesó que lo había hecho con Jerónimo. Que en principio le dolió un poco. Después nada. Que esperó y esperó pero nada. Algo que se mete y sale, una y otra vez. Me lo mostró haciendo un huequito en su mano y metiendo el dedo índice. Era mentira lo que habíamos visto en la serie. Esa mujer que vibraba como electrocutada.

Una siesta, el primo llegó temprano. Mamá miraba los camiones en silencio, no giró para verme cuando llegué a la casa. En la pared, las grietas dibujaban la forma de una garra. El primo me llevó al patio. Me habló sobre cosas que se van muriendo por dentro, sentí que me entendía. Que él comprendía perfectamente cómo era tener quince años y vivir en un pueblo de casas vivas. Le conté sobre el temblor y el oráculo. Él se sonrió y dijo que el cuerpo podía temblar de esa manera. Me agarró de la mano y me llevó más lejos. Caminamos de noche, más allá de donde llegaban las luces de la casa. Pasamos por debajo de un alambre de púas y entonces los vi.

Había crecido con su sonido, pero a la madrugada, de cerca, se sentían diferentes. Parecían vivos. Eran como gigantes verdugos hundiendo su puñal en la tierra, una y otra vez, una y otra vez. Enormes mangueras como serpientes traían el agua de quién sabe dónde.

Cuando desperté, el cuarto del primo estaba vacío. Los nombres de sus libros estaban en inglés. Él se había ido. Salí en puntas de pie de la habitación. Mamá estaba en la cocina, frente a la ventana, de espaldas

a mí. Al mediodía, discutió con papá. El primo se había llevado todo el dinero, incluso el que era para cambiar la moto. Durante varios días me miraron como si les diera asco. Luego me protegieron como a lo más frágil del mundo. Sentí bajo los pies algo que se quebraba. Adentro un vacío enorme.

Dicen que cosas así no tienen reparación, no al menos en siglos o milenios.

\* Marcos Paz, provincia de Buenos Aires.



## Tercer premio: "Paranoia"

*Crea, con una prosa límpida y precisa, una atmósfera de ficción tan tóxica como la que respiramos cada día más.*

Gabriela Cabezón Cámara y Dolores Reyes,  
jurados en la categoría Cuento del  
Proyecto ECO ECO 2023.

## Paranoia

Marcos Funes Peralta\*

La licencia de la profesora titular se tramitó en menos de una semana; no me pareció apropiado preguntar por qué, mucho menos por teléfono. Tal vez debería haberme sorprendido que la directora me llamara un viernes por la noche, mientras yo me preparaba para la reunión con mis amigos. Concluía otra típica semana en el call center:

ocho horas diarias contactando a clientes prospectivos sin la menor esperanza de que accedieran a las bonificaciones de la empresa (incluso, últimamente, ni siquiera me proponía cumplir los objetivos mínimos de mi team; si quien atendía no me insultaba, ya me daba por satisfecho). Estaba harto. Y ese viernes, como todos los viernes a la noche, me quejaría por enésima vez de mi rutina de esclavo. La directora del Agroindustrial 24 de O'Connell se presentó y dijo que necesitaban cubrir con urgencia un paquete de dieciséis horas cátedra de Inglés, más dos de tutorías y dos institucionales por curso, todas del ciclo superior y del turno tarde; se trataba de una suplencia de seis meses con alta probabilidad de extenderse. No mencionó, ni siquiera al pasar, el hecho de que yo hubiera llevado mi curriculum hacía diez años, recién salido del profesorado, cuando aún vivía en O'Connell.

—Lo veo complicado —dije—, estoy viviendo en Córdoba.

—Ah, claro, es muy lejos para ir y venir todos los días. En fin, ¿no andás con ganas de volver, por casualidad?

Respetando la rotación de los viernes, esa noche fuimos al departamento de Ismael. A las dos y media, promediando la ronda de fernet, hablé de la propuesta: dije que me había impactado tanto que me daba miedo considerarla. No puedo atribuirle al alcohol las sentencias de mis amigos, desde que llegué a Córdoba forjamos un código de sinceridad brutal que hemos aprendido a respetar sin reproches. Los tres coincidieron en que cualquier oportunidad para huir del call center era más que válida: cualquier oportunidad era la oportunidad. Mateo dijo que lo peor que podía pasarme era que a los seis meses tuviera que volver y bancarme de nuevo un laburo de mierda. Andrés lo chicaneó: dijo que lo peor que me podía pasar, en realidad, era que apenas subiera al colectivo empezara a extrañarlos. Lo cierto es que lejos estuve aquella madrugada de prefigurarme las consecuencias de mi decisión.

—Vos te estás olvidando de lo que pasó con tu viejo —dijo Ismael.

—Tranquilo —contesté—. Son seis meses nomás.

El sábado por la mañana llamé a la directora. Dijo que debía presentarme el lunes a las doce en la Secretaría del colegio. Esperé un “buen viaje” que nunca me deseó.

Cuando nos mudamos a Córdoba, al principio viví con mis padres en las sierras, pero al poco tiempo, abatido por la infructuosa búsqueda de trabajo como profesor, acepté el puesto en el call center y mi vida se desplazó a la capital. Por eso la charla con mi madre, sobre las novedades, fue por videollamada. Frases como “estás desquiciado” y “dejá de escuchar las estupideces que dicen tus amigos y andá a terapia” mutaron, a lo largo de la conversación, en “ya sabés el frío que hace allá, llevate mucha ropa de abrigo” y, finalmente: “Por lo menos vas a trabajar de lo que te gusta”.

La cuestión del alojamiento se resolvió sin demoras. La dueña del monoambiente que alquilaba en Nueva Córdoba escuchó mi historia y no tuvo problemas en que Andrés y su novia se instalaran allí ese último trimestre antes de que se venciera el contrato. En cuanto a dónde me iba a mudar yo, considerando que mis padres habían vendido la casa en la que viví hasta los veintiuno, la solución más práctica hubiera sido instalarme con mi familia paterna en Neuquén, pero esa circunstancia era cuanto menos riesgosa: la relación había quedado muy tensa desde que mi tío, un abogado sin grandes astucias ni pretensiones, rechazó hacerse cargo de la demanda laboral de mi padre contra la petrolera que lo había despedido por razones que, de inmediato y en la espiral de la crisis, preferí enredar en mi mente para luego olvidar con arduo empeño. ¿Por qué no explorar, entonces, las posibilidades de vivir en la misma O'Connell? Una rápida búsqueda en Google me brindó la respuesta, las fotos y comentarios cumplieron con mis expectativas. Me comuniqué con el encargado de la pensión Alto Valle, a veinte minutos del Agro caminando contra el viento. Dijo que se acordaba de mis padres y se alegró de que un nacido y criado quisiera regresar.

Caía la tarde del sábado cuando, ya en pleno viaje por la ruta más solitaria de la pampa, me pregunté si realmente no me había vuelto loco. Aunque desde mi partida hubiera duplicado su población y, en consecuencia, buena parte de su infraestructura, O'Connell seguía evocándome su renombre: era el pueblo donde se cultivaban las peras que compraba el país, y aquella fama de sus perales se erigía como estandarte de una identidad común e inquebrantable. El cambio más notorio, sin embargo, fue el olor de su aire. Lo percibí apenas bajé del colectivo en la terminal; luego en las calles, en los patios, en cualquier espacio abierto, incluso junto a una ventanilla entreabierta que permitiera el paso de una brisa leve. Era un olor agrio, de a ratos mucho

más fétido en algunos puntos, según la potencia y el sentido del viento. Un olor imposible de comparar. Le pregunté al encargado de la pensión de dónde provenía.

—Yo no siento nada —respondió.

—¿No será por los pozos?

—¿Qué pozos?

Llegué al Agro a la hora convenida.

—Me acuerdo de cuando viniste a traer el currículum —dijo Claudia, la secretaria—.

Qué bueno que hayas vuelto al pueblo.

—Nunca me quise ir —dije—, fue una cuestión familiar.

—Y menos mal que volviste. La verdad, no te ofendas, te imaginarás que llamamos a muchísimos profesores de más cerca, pero está complicado el asunto.

Recibí la documentación que debía completar.

—¿Acá pongo “suplente”? —le pregunté.

—No, mejor poné “interino”. Sí, interino.

En eso entró la directora. No me saludó. Su voz sonaba tan tensa como por teléfono.

—Dale todo lo del apto psicofísico y lo de la A.R.T. —le ordenó a Claudia, que me entregó una carpeta con quince formularios que apenas pude hojear.

—Completalo y entregalo esta misma semana —dijo la directora—. Disposición del Ministerio.

Sonó el timbre de la primera hora. Me invadió una especie de ansiedad que en nada podía compararse a la que me invadía cada vez que se iniciaba el sistema en mi computadora del call center. ¿Hacia cuánto no me paraba frente a un grupo de estudiantes? No puedo negar que la última suplencia, en un colegio del sur de la ciudad de Córdoba, me había gratificado. Claudia me dijo un “gracias” que noté agrídulce. Salí al patio, al olor de O’Connell, a la modorra de los alumnos que se movían en grupos pequeños. La directora se mantuvo a mi lado. Junto a la puerta del aula de Tercero Primera, me rogó que no mencionara a la profesora Walker, la titular de la cátedra.

—Los chicos sospechan —dijo—, mejor no generar preocupación.

Entramos. Me presentó sin gran ceremonia y salió a paso ligero. No cerró la puerta. Vislumbré un panorama de adolescentes que de inmediato juzgué muy dóciles; temí, desde aquel primer momento, enfrentarme a la peor de las apatías.

—Bueno, gente, espero que en estos seis meses nos llevemos bien y que ustedes puedan aprender algo de esta materia tan importante como es el english, ¿no?

Tras un breve silencio, una chica levantó la mano y dijo:

—Profe, ¿usted nos va a enseñar inglés o cordobés?

Algunos de sus compañeros esbozaron una sonrisa. No me había percatado de cuánto se distinguía mi nueva tonada. Respondí con una broma que me ayudó a relajar ese primer arrebato de nerviosismo: “Soy profesor de Inglés, pero si ustedes quieren también puedo enseñarles cordoobés”, repetiría en mis presentaciones ante los demás cursos. Mi sensación, en todos, sería la de enfrentarme a una pecera.

Después de repasar la lista de la división, pedí que cerraran las ventanas.

—¿De dónde viene ese olor? —pregunté—. De los pozos, ¿no?

—¿Qué olor, profe?

Benegas, el médico que me revisaba por tercera vez, el mismo que me había firmado el apto psicofísico y los papeles de la A.R.T., buscó tranquilizarme diciéndome que tenía los pulmones limpios, la presión normal y que en los análisis de sangre y de orina que me había pedido se constataban los valores deseados para un hombre sano de mi edad.

—¿Entonces cómo puede ser que desde hace un mes y medio viva con náuseas?

—¿Estás siguiendo la dieta que te di?

—Sí: nada de grasas, frituras ni embutidos. Al pie de la letra. Pero los mareos siguen.

Y estoy segurísimo de que se deben a ese olor que se siente en todos lados.

—Mirá, podríamos pedir una tomografía cerebral; acá no las hacen, vas a tener que ir a Neuquén. Igualmente, creeme que sería una pérdida de tiempo. Lo tuyo es un cuadro de estrés por tantos cambios en tu vida reciente. ¿No pensaste en hacer psicoterapia?

Salí del consultorio. Lucas Treuquel, alumno de Tercero Segunda, esperaba su turno; estaba pálido y le lagrimeaban los ojos. Lo acompañaba su madre, a quien había conocido en la feria trimestral del Agro. Dijo que se había lastimado jugando al fútbol. El chico vestía un pantalón largo y no pude verle ninguna herida. De repente se levantó, se inclinó bruscamente y alcanzó a decir:

—Córrase, profe.

Vomitó un torrente de sangre y se desplomó de nuevo en la silla. Oí algunos gritos que pedían atención urgente. La madre no perdió la calma. Benegas salió de su consultorio, rodeó con sus brazos a Lucas, casi desvanecido, y se lo llevó por un pasillo que finalizaba en una puerta abatible.

Al día siguiente pregunté por él en Preceptoría. Me dijeron que sus faltas estaban justificadas: el certificado médico, firmado por el propio Be-



negas, constataba un diagnóstico de úlcera péptica emocional. Regresó a clases dos semanas después, con varios kilos menos y la piel lívida y reseca. A riesgo de mostrarme irreverente o de perder la mínima dosis de confianza que creía haber logrado con ella, le comenté a Claudia que quizás aquel olor que me provocaba las náuseas tuviera algún tipo de conexión con el cuadro de Lucas Treuquel.

—Te estás volviendo paranoico —respondió—, ya te dije que ese olor no existe.

—Pero los pozos sí.

—¿Sabés a cuántos kilómetros están?

—No.

—Entonces no seas paranoico.

A la mitad del tiempo de suplencia previsto, mis síntomas se estabilizaron: los dolores de cabeza y los mareos se volvieron tan cotidianos que acabé por convencerme de la explicación que me había dado Benegas: factores psicológicos a los que les urgía un tratamiento. Cuando hablaba con mi madre y con mis amigos les decía que me costaba amigarme con el clima, que los extrañaba mucho y que el trabajo no me resultaba muy estimulante; de mi salud, ni una palabra.

Mi vida acabó por encuadrarse en una rutina perfecta, casi tanto como en Córdoba. En la pensión, en la escuela y en el gimnasio que empecé a frecuentar con la esperanza de que mi condición física y mental se mantuviese estable, los tópicos de conversación se limitaban a una lista reducida que eludía cuestiones sospechosas como, por ejemplo, el hecho de que Benegas parecía estar siempre de guardia en el hospital municipal, o que de improviso se cortara el suministro de agua corriente, o que, desde las últimas semanas del otoño, la tierra temblara día por medio, además del tema del bendito olor en el ambiente.

Segundo Segunda no pareció enterarse de aquella primera gran sacudida. Detuve mi explicación y me concentré en que mi rostro transmitiera un potente: “Ya está, digamos las cosas como son”.

—A ver, chicos, no me digan que no sintieron ese temblor porque voy a pensar que ustedes son todos zombis.

—¿Qué temblor, profe?

—¡Se acaba de mover todo! No me boludeen más, en serio, tenemos confianza.

—Habrá sido el viento.

Como si hubiera podido verme desde otros ojos, contemplé mi derrota en el resoplido que lancé reclinado contra el pizarrón y me inspiré una lástima indigna.

—Sí, está bien —dije cabizbajo—. Fue el viento. Pongámosle que fue el viento.

La tarde del entierro de la profesora Walker hacía mucho frío y el olor de O’Connell se percibía tan intenso que tuve que apartarme durante el responso para vomitar detrás de un galpón. Damián, profesor de Geografía, me ofreció un trago de energizante.

—Siempre tenés que andar con una de estas a mano —me aconsejó, mientras yo le devolvía su lata—. Te sacan de apuro.

—Gracias. Es por ese olor de mierda que viene de...

—Pobre mina. Pero qué querés, con todo lo que fumaba. En fin, ¿cómo te ves mudándote definitivamente? Porque me imagino que ahora te van a nombrar titular.

La tierra se sacudió con un estruendo de frecuencias graves que resonaron en mi abdomen y en mi cabeza como si el epicentro hubiera estado en mi corazón. La vista se me tornó nebulosa. Caí de rodillas al suelo, igual que cayeron y se partieron frascos, crucifijos y placas. Damián me ayudó a levantarme y me dio otro trago de energizante.

—¿Cómo me veo viviendo en O’Connell? —dije—. Primero tendría que acostumbrarme a esto, ¿no?

—¿Acostumbrarte a qué?

El viento helado me tajeaba las mejillas. Comenzó a lloviznar.

—Nada. Fueron muchos años afuera. Dejá, yo me entiendo.

La directora interrumpió mi clase en Tercero Segunda para decirme que ese mismo día pasara a firmar mi cambio de condición. No esperé mi respuesta para anunciarle al curso que me convertía en su profesor titular. La novedad fue recibida sin entusiasmo ni quejas; ocurrió lo mismo en todos los cursos.

Esa misma tarde fui al hospital municipal. Esta vez, Benegas no me revisó. Firmó cada uno de los quince formularios, me felicitó y me deseó muchos éxitos. Le estreché la mano con la certeza de que nos reencontraríamos pronto.

Mi madre y mis amigos fueron a despedirme a la terminal vieja. Me regalaron una campera y un morral con útiles, cuadernos y trescientos dólares. Como siempre, quien se privó de llorar fue mi madre. En su abrazo se arremolinaron todas las fuerzas con que había luchado cada una de sus batallas.

—Vos sabés que yo allá no vuelvo —me dijo.

—Nunca se sabe, má, no lo pienses ahora.

Me dio el último beso y se fue antes de que partiera el colectivo. Imaginar que regresaría mil veces a visitarla no me liberó del remordimiento: se había consumado la traición. Liberados de la vigilancia materna, Mateo me trató de loco y Andrés de pelotudo; su novia dijo que esa era la forma en la que expresaban cuánto iban a extrañarme.

—Chicos, esto no es para siempre —dije—, me merezco laburar un tiempo de lo que me gusta, ¿no? Unos años nomás. ¿No me rompieron tanto para que dejara el call?

Ismael me hizo prometerle que vendría para su cumpleaños, en diciembre.

—Avisame y te saco un turno en el Allende para que te hagas todos los análisis que necesites —dijo con los ojos vidriosos—. Queremos que te los hagas acá.

—Basta, no se preocupen por mí, no sean paranoicos.

El colectivo desandaba la interminable ruta 143 cuando me despertó una llamada de la directora: Lucas Treuquel había muerto pasada la medianoche; solamente se suspendían las clases de su curso. Le pregunté de qué había muerto. Me rogó con vehemencia que guardara el secreto.

—Sobredosis —dijo con la voz quebrada.

No dormí durante el resto del viaje. Bajé del colectivo y tomé un taxi directo a la sala velatoria.

—¿Pasó algo en estos días? —le pregunté al taxista— ¿Algo fuera de lo común?

—Que yo sepa, no. ¿Por qué me pregunta?

—Por el olor. Ese olor que había en el aire. Ya no se siente. ¿Se dio cuenta?

—¿Qué olor? Disculpe, no sabría decirle.

La Secretaría se mantuvo vacante solo dos días desde la renuncia de Claudia. La reemplazó una fueguina de mi edad que había dejado su currículum, aspirando al cargo de profesora de Industria de Frutas y Hortalizas, un año antes de que yo dejara el mío.

—Pensar que yo quería enseñarles a los chicos a hacer dulces y helados de pera —me dijo una tarde en la que, sin previo aviso, suspendieron mis clases porque todo el ciclo superior debía asistir a una charla de responsabilidad social empresarial—, y acá me ves: llenando papeles. Todas las semanas, altas y bajas laborales.

La primavera me encontró llamándola “Maru” y disfrutando de la comodidad de la casa que alquilaba en un barrio alejado del centro, a pesar de que yo seguía integrando la nómina de residentes de la pensión Alto Valle.

Una noche de viernes, en la oscuridad de la pieza que ya irresponsablemente sentía propia, le hablé de la decisión de mi padre de mudarse a las sierras cordobesas.

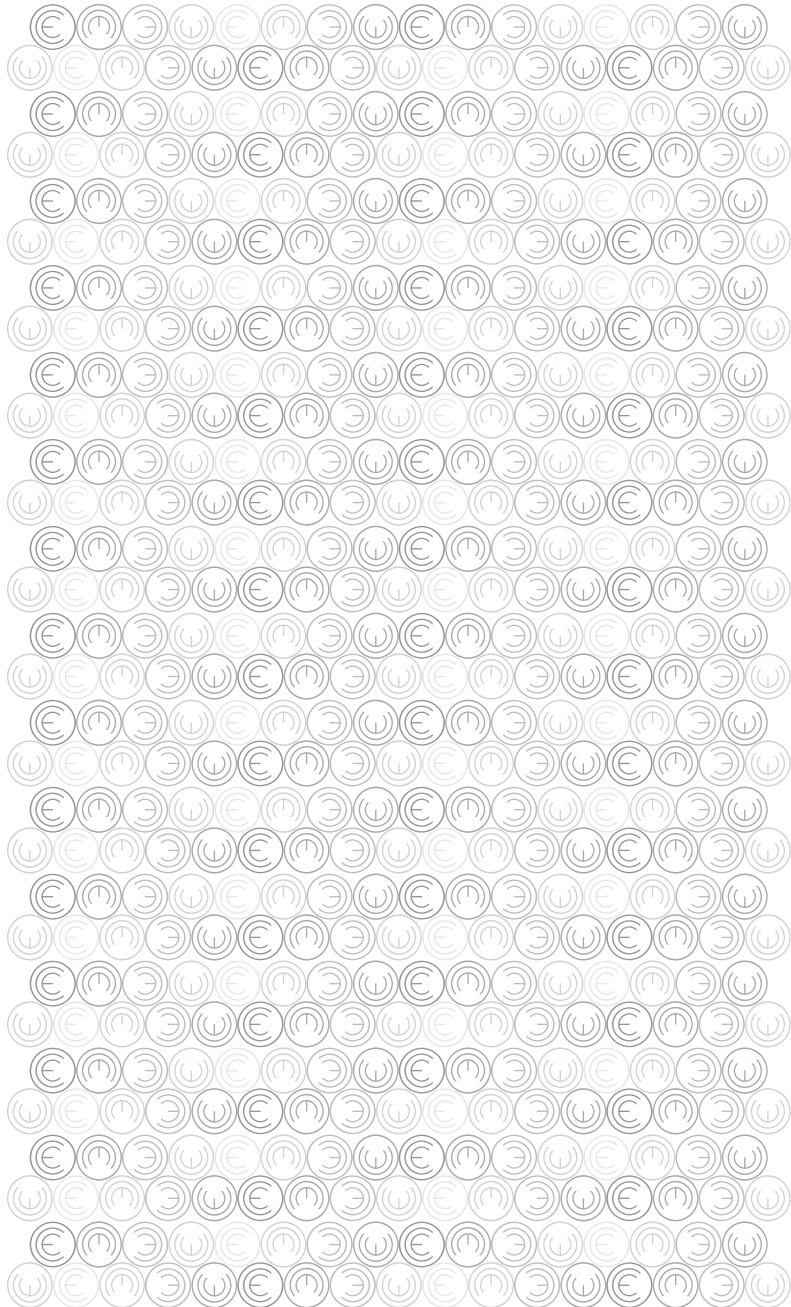
—Nunca se lo perdoné —dije—. La vida allá fue muy difícil.

—¿En serio te querías volver a O’Connell?

—Sí, por supuesto.

Primero fue la explosión ensordecedora; luego, el temblor que sacudió los cimientos, rajó las paredes y desprendió un tercio del cielorraso. Vi a Maru levantarse, descorrer la cortina y vestirse junto a la ventana, a la luz de la luna; el ruido agudo en los oídos me impidió escuchar sus gritos. O’Connell se había quedado completamente en penumbras. Pero mañana, estoy seguro, nadie va a hablar de esto.

\* *La Falda, provincia de Córdoba.*



# Canción



## Primer premio: “Malas yerbas”

*Una canción redonda, que expande el género urbano latino de este siglo, un arco que va de lo más experimental de la llamada “cumbia digital” a sus consecuencias en esta década, regida por el reggaetón. Bien compuesta, bien ejecutada, bien cantada y producida con justeza (gran trabajo de ArielZan). La canción es un llamado a la conciencia ambientalista, con un puente que responde sutilmente al anti-extractivismo de la convocatoria ECO ECO: “Querer poder/ Poder hacer/Acá se ve/ Quién sirve a quién/ (Con las extracciones)”.*

Texto del jurado de la categoría Canción  
–coordinado por Pablo Schanton–  
del Proyecto ECO ECO 2023.

## Malas yerbas

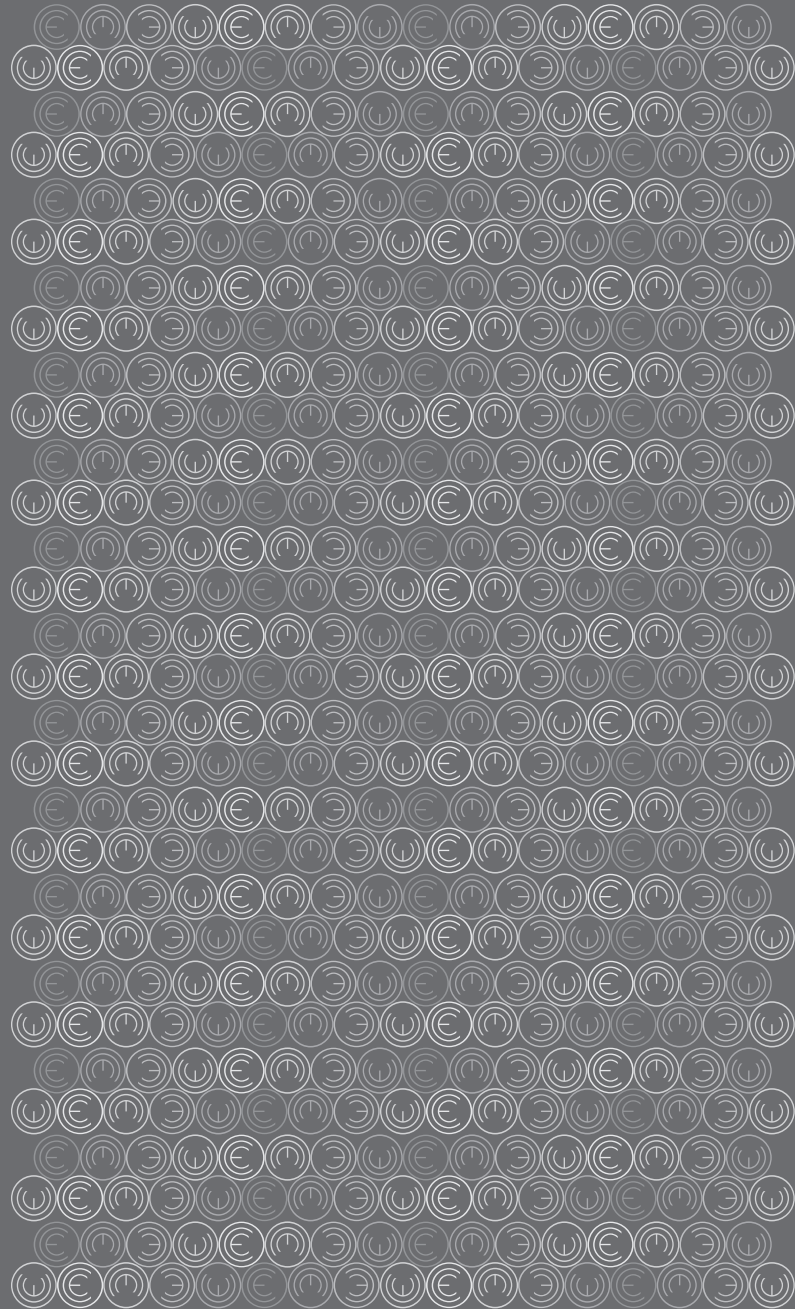
Surí\*

Despiertan a los ancestros  
cuando la tierra rompen.  
Tengan cuidado: son ellos,  
cuando los vientos soplan.  
Me gusta el humo cuando no es de pastizal.  
El agua oxida lo que no es natural.  
Ni hablar del qué dirán,  
si me pongo a cantar  
y elijo no disimular.  
Me dan que hablar  
por taladrar  
y reventar los suelos,  
sin que importe  
la sociedad  
que se traga el veneno.  
Qué pena  
que algún día  
se metieron a ese juego.  
Pero no vamos a parar  
hasta que sean de hielo.  
Pueblos con poluciones,  
sin soluciones.  
Antes que realidad,  
elijo animaciones.  
Esto no va a parar,  
salvo que no funcione.  
A ver cómo hacemos  
que no se fraccione.  
Querer poder,  
poder hacer.  
Acá se ve  
quién sirve a quién  
(con las extracciones).  
Saber amar  
y aprovechar  
no es explotar,  
es respetar

(y así funciona).  
Dijeron que sacar belleza de este caos es virtud.  
Pero solo si se animan a cambiar la actitud.  
¿Qué pasa si nos quedamos sin suelo,  
y la Tierra pierde su velo?  
Se siente el impacto,  
rompemos en canto.  
Pero hace tanto  
estamos reclamando.  
Fijense quién muere  
y quién queda intacto.

\* Trelew, provincia de Chubut

“Malas yerbas” se puede escuchar en  
<https://surimusicarg.bandcamp.com/track/malas-yerbas>



Un futuro  
con buena energía

**Equipo  
Proyecto ECO ECO**

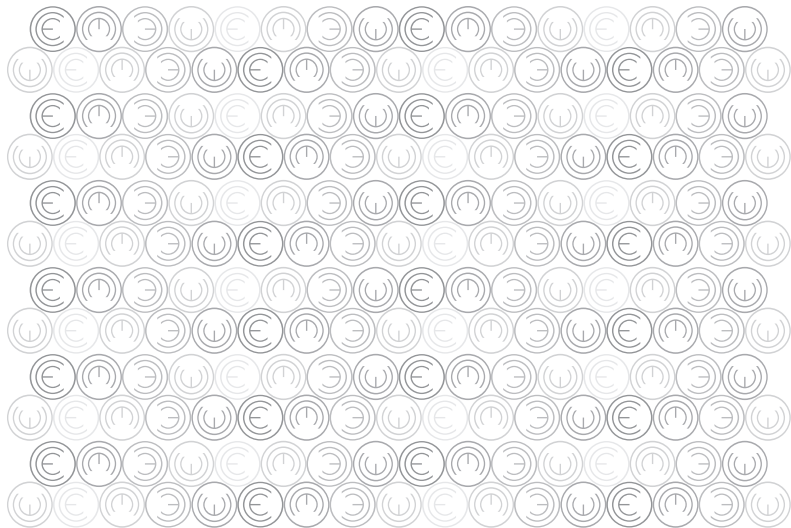
Dirección  
**Marina Aizen**

Producción ejecutiva  
**Daniel Borrelli Azara**

Producción artística  
**Pablo Schanton**

Comunicación  
**Paula Rodríguez**

[proyectoecoeco.com](http://proyectoecoeco.com)



Con el lema “Un futuro con buena energía”, *Proyecto Eco Eco* promueve obras artísticas y literarias que narran y problematizan el caos ambiental y también proyectan una visión alternativa de futuro. Durante 2023, en su primera edición, convocó a concursos en las categorías Cuento, Poesía, Canción, Rap, Memes y Humor. Este libro compila los textos ganadores.

En *Proyecto Eco Eco* apelamos a los sentidos, para narrar y poetizar con nuevos lenguajes, de manera sensible, lo que la ciencia, los activismos, el periodismo vienen comunicando con datos, investigación, evidencia. El arte tiene la potencia para expresar de infinitas formas –mediante metáforas, alegorías, íconos, abstracciones y toda su riqueza expresiva– lo que nos está pasando con el planeta, nuestros modos de relacionarnos con lo vivo.

Y apelamos a la imaginación porque nos hace falta.

Necesitamos imaginar  
otras formas de habitar el mundo.



[proyectoecoeco.com](http://proyectoecoeco.com)



[periodistasporplaneta.com](http://periodistasporplaneta.com)